

MANUEL FRAIJOO, *El eclipse de la idea de Dios dejó huérfana a la religión*. Tendencias 21. Martes, 25 de Marzo 2014. Pags. finales. Acotaciones y negritas mías (Santi Villamayor) para el debate en el apartado 3, “Los silencios de divinidad” de nuestro esquema de trabajo. Quizás los ateos y los teistas de ayer sean los agnósticos esperanzados de hoy.

Una fugaz mirada al presente

Tan abierta que algunos pensadores de nuestros días practican su negación decidida y serena, sin “agonías” unamunianas ni quiebras existenciales. En el siglo XXI Dios no es un dato seguro. No lo es para la filosofía, ni lo es para las sociedades secularizadas de nuestros días. **Desde Kant, la referencia a Dios no viene precedida de un “yo sé”, sino de un “yo quisiera”.**

Todos recordamos su lapidario: “Debí suprimir el saber para hacer lugar a la fe”. Dios, en el mejor de los casos, es un postulado, un anhelo, la condición de posibilidad para evitar la fatal quiebra que supondría para los humanos el desembarco final en la nada que tanto torturaba a Unamuno; no se resignaba a que “nuestro trabajado linaje humano” se reduzca a “una fatídica procesión de fantasmas que van de la nada a la nada”.

Pero lo cierto es que, deseos aparte, nada ni nadie puede asegurar que exista Dios. **Dios carece ya de detractores empedernidos y de defensores acalorados.** Su hegemonía de antaño ha entrado en declive. Tan ocioso sería aplicar el verbo “demostrar” a su existencia como a su no-existencia. Se ha hecho un gran silencio en torno a él. Es lo que aconsejó Heidegger: silenciar el tema Dios en el ámbito del pensamiento.

Es más: consideró “más aconsejable renunciar no solo a la respuesta, sino a la pregunta misma (por Dios)” [8] . Pero ya antes de Heidegger sabíamos que la mayoría de **las más acendradas búsquedas de Dios desembocaron en el apofatismo, en el silencio.** De nuevo Heidegger: “honramos a la teología en cuanto callamos acerca de ella” [9] . Es comprensible que Dios corra el mismo destino que la teología.

Heidegger había afirmado que su filosofía era “un estar a la espera de Dios”. La frase es de 1948, pero la repitió en 1966 en la conocida entrevista publicada por el semanario alemán *Der Spiegel* bajo el título “Ya solo un Dios puede salvarnos”. En ella sostiene que **no podemos atraernos a Dios “pensándolo”.** A lo sumo “podemos estar a la espera”. **Solo es posible un *sich-offen-halten* (un mantenerse abierto) para el advenimiento o la ausencia de Dios.** La espera es el temple del pensar que se dispone a contar con Dios. Al esperar dejamos abierto aquello que esperamos. Esperar es introducirse en el ámbito de lo abierto, de lo lejano y oculto.

.../... Dios está, pues, conociendo tiempos de silencio. La filosofía calla sobre él. Desde que murieron sus grandes críticos del siglo XIX y comienzos del XX

–Feuerbach, Marx, Nietzsche, Freud- Dios no viene siendo molestado ni requerido por los filósofos.

Existen, por supuesto, excepciones, pero se trata de excepciones que solo ofrecieron **“discursos interrumpidos”, titubeantes e inseguros sobre él. Fue el caso de Benjamin, Horkheimer, Adorno, Bloch, Wittgenstein, e incluso Heidegger.** Todos ellos renunciaron al discurso lineal, seguro, y bien trabado de las épocas precedentes. En casi todos ellos prevalece el aforismo fugaz sobre el tratado compacto y ambicioso.

En torno al problema de Dios: no creyentes y creyentes

(Extraigo, por nuestro interés de diálogo, aquellas posiciones menos extremas. Santi)

Es el caso, por ejemplo, de **Marcel Gauchet. Acepta un "absoluto", pero "terrenal":** "Lo absoluto es humano, no demasiado humano, pero nada más que humano: dejando completamente de mirarnos en el espejo de Dios, podemos ver al fin al hombre" [10]. Eso sí: "El ser humano puede ser o no ser religioso, pero no puede dar de lado a lo inmaterial".

Se rechaza la idea de Dios, pero se reclama, con razón, lo inmaterial, lo espiritual, lo inefable. Es lo que hizo entre nosotros **Tierno Galván: el teísmo no debe proclamarse depositario único del misterio y de la espiritualidad;** sin él sigue habiendo poesía, música e incluso mística, mística profana.

.../...

No puedo evitar recordar que, cuando **E. Bloch** se preguntaba “a dónde vamos”, respondía, con invariable tozudez antropológica: “siempre a casa”. Para Bloch, tan ateo como Flores D’Arcais, esa “casa” no era, ciertamente, el “cielo” cristiano, pero tampoco era “ninguna parte”. En realidad, no sé qué era, y creo que Bloch tampoco lo sabía. Tal vez se trataba solo de un guiño, pero de un exigente guiño, al dinamismo postulatorio kantiano. **El kantiano practicante que fue Bloch no se resignaba a que, al final de los finales, nos quedemos “sin casa”.**

Sería, para expresarlo **en términos tristemente actuales, un desahucio doloroso e injusto.** Bloch, como Kant, Unamuno, y tantos otros, rechaza la “nada” como morada final; todos ellos consideraban que los seres humanos, a pesar de nuestro tantas veces deplorable historial moral, merecemos algo mejor. Bloch se resistía, “por dignidad personal”, a “acabar como el ganado”. Eso sí: Bloch distinguía, aunque no implacablemente, entre las “exigencias” (*das verlangete*) y los “logros” objetivos (*das erlangte*). Los seres humanos hemos sabido desde siempre que nunca coincide lo anhelado con lo realmente conseguido.

Tal vez por avatares de este género concluye **Vattimo** que “Dios sigue en circulación”. ...Quiere creer en un Dios como creyeron Leibniz, Descartes, Kant, Voltaire, Rousseau, y tantos otros. Y también desea creer en la inmortalidad, entendida ésta como "capacidad de transmisión 'espiritual', de diálogo entre épocas y generaciones, asegurado por la cultura...". **Desea que**

resucite incluso su gato: "pobre de mi gato; confío en que resucite en mí...".
.../...

Deseo concluir este apartado con un relato que me resulta especialmente emotivo. Me refiero a **H. Jonas**, filósofo de la religión judío, cuya madre fue sacrificada en Auschwitz en 1942. En su libro *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, sostiene que cuando se trata de Dios "el voto de los felices se puede dejar de lado, mientras que el de los que sufrieron, el de los infelices, cuenta doblemente en su peso y validez"

Una tesis algo diferente de la defendida por J. Stuart Mill en su libro, *La utilidad de la religión*: "Son precisamente los que nunca han sido felices los que tienen este deseo (el de perdurar en otra vida después de ésta). **Quienes han poseído la felicidad pueden soportar la idea de dejar de existir; pero tiene que ser duro morir para quien jamás ha vivido**". Y ese es precisamente el **problema de Jonas**: los que nunca disfrutaron de una vida elementalmente lograda. Por eso propone "escuchar la opinión de las víctimas de la miseria, la opinión de los menos sobornados por las alegrías gozadas". La obra de H. Jonas es todo un alegato en favor de la normatividad de las víctimas de Auschwitz. Una normatividad que alcanza también tintes dramáticos en el crudo dilema propuesto por Benjamin y Horkheimer: si se mantiene vivo el recuerdo de las incontables generaciones de seres humanos sacrificadas a lo largo y ancho de la historia universal, es imposible saborear la propia felicidad; como solución cabe recurrir al olvido, pero una felicidad lograda a golpe de olvido ¿es humana?

Por tanto: si se recuerda, es imposible ser feliz; y, si se olvida, se alcanzará la felicidad, pero a costa de prescindir de la solidaridad. Personalmente nunca supe cómo escapar a este dilema, a no ser, claro está, que se acepte, con la seguridad sin garantías propia de la fe, la prometida restauración cristiana universal, en virtud de la cual quedará definitivamente implantada la justicia que las víctimas de la historia no experimentaron. No parece que haya otra salida.
.../...

¿Qué ha pasado para que la fe en Dios, tan acendrada durante siglos, conozca los eclipses que hoy conoce? Aventuramos solo dos razones, aunque obviamente son muchas más.

Razones del eclipse de la fe en Dios

1. Apenas existen datos precisos sobre Dios

Escasean los datos sobre Dios. Al mismo tiempo crece la exigencia de información. Después de la Ilustración, se desea saber en qué se cree. "Atrévete a saber", exhortó Kant. Sin embargo, acerca de Dios hay poco que saber. Hace años, escribió A. **Fierro**: "Acerca de Dios se carece de noticias absolutamente fidedignas; **sólo se cuentan historias que permiten formarse ciertas conjeturas**".

...La historia de Dios es el gran relato de las percepciones que los seres humanos hicieron de él. Dios mismo, sin embargo, guarda silencio. Él no llega nunca directamente al receptor. Es verdad que las religiones monoteístas hablan de la "revelación" de su Dios. Y K. Barth insistió -antes lo había hecho Hegel- en que la revelación es "automanifestación" de Dios. Pero tal automanifestación nunca es directa.

El verbo "revelar" nunca tiene, en el Nuevo Testamento, a Dios como complemento directo. Eso queda para la gnosis. El Dios cristiano sólo revela "algo" de sí mismo: su amor, su ira, su misericordia, su justicia. Pero nunca se revela a sí mismo. .../... Y a esta precariedad corresponde una recepción problemática.

2. Un Dios borroso sólo puede apuntarse como problema

Fue M. Buber quien acuñó la expresión "eclipse de Dios". Probablemente, Dios ha conocido muchos eclipses. En el siglo XIX, Nietzsche certificó su defunción. Anunció al mundo que, por fin, Dios, y la metafísica que implicaba, habían dejado de ser determinantes. Con gran solemnidad detalló las razones de su insignificancia. Sin embargo, el actual eclipse parece más decisivo que los anteriores, personalmente lo considero el más decisivo de todos los eclipses conocidos.

Se prescinde de Dios distendidamente, sin los desgarros interiores de antaño, serenamente. Kolakowski encuentra preocupante que a la pregunta "¿qué hay de la cuestión de Dios?" se responda con naturalidad: "¿Pero es que existe realmente esa cuestión?" No existe, sostiene Kolakowski, para los creyentes "si los hay". Kolakowski piensa en creyentes "cuya fe heredada es firme e inconvencible". Para ellos no existe la "cuestión de Dios". Y tampoco existe, por supuesto, para los ateos convencidos -Kolakowski añade también aquí la apostilla "si los hay"- ya que "ellos saben sin ningún género de dudas que la ciencia ha expulsado a Dios definitivamente del mundo".

Es indudable que existen creyentes de fe "firme e inconvencible", pero ellos no agotan el espectro. Se da también una recepción problemática de la fe en Dios. Hay **creyentes que se debaten entre la fe y la increencia**, entre el "sí y el no". Algunos se sienten tentados de repetir con Primo Levi, un superviviente de Auschwitz: "Existe Auschwitz, por lo tanto no puede haber Dios". Pero tal vez es más frecuente que se sientan envueltos en la dialéctica de E. Wiesel, otro superviviente del holocausto: "Auschwitz jamás se puede comprender con Dios; Auschwitz no se puede comprender sin Dios". Otros, no sé cuántos, es posible que den la razón a Wiesel cuando constata que, después de aquella crueldad, "hagamos lo que hagamos, estamos perdidos".

También es indudable, como sostiene Kolakowski, que "hay ateos convencidos". Pero tampoco ellos agotan la galería. Existe una recepción problemática de la convicción atea. De hecho, **los ateos de ayer son, en parte, los agnósticos de hoy**.

Algo que probablemente no se debe sólo, como afirma F. Savater, a la falta de coraje para llamarse ateo en una sociedad dominada aún por la "turba levítica", sino a la posibilidad de que el agnóstico mantenga abierta alguna ventana a la creencia que el ateo habrá cerrado cuidadosamente. Y, como he sugerido más arriba, en diálogo con Muguerza, tal vez exista el increyente heterodoxo, o flexible, que no excluye por completo la solución escatológica cristiana.